

HOMENAJE A ALAMIRO DE ÁVILA MARTEL

FERNANDO CAMPOS HARRIET
De la Academia Chilena de la Historia

I

Las grandes universidades europeas y americanas inauguraron la costumbre, en las primeras décadas de este siglo, de honrar a los más eminentes de sus maestros, a aquellos que dedicaron su vida a la enseñanza, en forma que el homenaje alegrara el espíritu del profesor que lo recibe y vitalizara sus ya gastadas energías y sirviera a la vez de ejemplo de las generaciones que se forman en sus aulas.

Siendo rector de la Universidad de Chile don Juvenal Hernández se rindió homenaje a don Domingo Amunátegui Solar¹, al cumplirse 75 años de su nacimiento. El catedrático agregaba a sus méritos de investigador e historiador el haber sido por 3 períodos consecutivos rector de la Casa de Bello. Se decidió, entonces, que el homenaje consistiera en la edición de un libro de estudios en su honor.

Algunos otros esclarecidos catedráticos han tenido la honra de recibir este premio. Por el decreto de 6 de setiembre de 1982 la Universidad institucionalizó esta distinción. En ese texto, que reglamentó la quinta serie de los *Anales de la Universidad de Chile*², se estableció que todos los años, uno de los tres números que deben publicarse estuviera destinado

¹Universidad de Chile, *Homenaje a D. Domingo Amunátegui Solar*, año 1935. Imprenta Universitaria de Valenzuela Basterrica y Cía.

²Están en los números 5, 8, 11, 14 y 17 de la quinta serie de los *Anales de la Universidad de Chile*.

“a honrar a un miembro académico de la Universidad de Chile, en vida..., cuya obra hubiera destacado por su importancia cultural y trascendencia nacional e internacional”. La publicación debe contener un estudio bibliográfico sobre la persona a quien se dedica y estudios en el ámbito de su especialidad. Esta distinción se la ha configurado como la más alta que la corporación ofrece a uno de sus miembros. Las bases que el comité editor tiene en consideración para elegirlo son tres principales: que ese académico haya destinado al menos treinta años de su labor a la Universidad de Chile, que pueda ser auténticamente considerado un maestro formador de universitarios en su campo y que su obra de investigador sea apreciada en el país y en el extranjero. Cinco profesores, eximios en diversas áreas del saber, han recibido ese galardón, don Rodolfo Oroz Scheibe, don Francisco Javier Domínguez Solar, don Domingo Santa Cruz Wilson, don Gustavo Hoecker Salas y don Yolando Pino Saavedra. Este año de 1989 la Universidad de Chile ha destinado ese premio al profesor don Alamiro de Ávila Martel, quien cumplió cuarenta años como catedrático titular y cincuenta y dos de carrera académica. Mientras se preparaba el homenaje, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales lo ha ungido como su profesor emérito.

Se ha convocado a los intelectuales, sus colegas, a sus discípulos y sus colaboradores, a historiadores chilenos y extranjeros.

En la convocatoria el Presidente del Comité Asesor deja contancia que la Universidad de Chile desea honrar al profesor Ávila Martel con ocasión de la llegada de estos significativos aniversarios de una vida consagrada a la investigación y a la docencia, dedicándole un volumen de los más que centenarios *Anales*, que contenga artículos originales, en lo posible sobre algún tema de las disciplinas que el profesor Ávila Martel ha cultivado durante su fecunda actividad académica, a saber: historia del derecho, derecho romano, historia de Chile, bibliografía y Numismática.

La sola enunciación de estas disciplinas a las que Alamiro de Ávila Martel ha dedicado sus estudios y sus trabajos, demuestra que es la suya una personalidad de muchas facetas. A través de sus clases, de sus artículos aparecidos en revistas especializadas, en folletos, en libros de historia; a través de la dirección de instituciones o de colaboraciones en otras a que pertenece, ha formado una legión de discípulos, ayudantes, de amigos, y ha estrechado vínculos fraternales con catedráticos chilenos o extranjeros, que lo admiran y respetan.

Se comprende así que a la convocatoria han respondido gustosos quienes buscan en la historia las raíces milenarias del saber; de aquellos que se deleitan con la belleza exterior de las obras literarias.

Por eso este volumen de la Universidad de Chile será, además, una cantera de diversas vetas culturales.

II

No me voy a referir en esta breve introducción al desarrollo de las diversas disciplinas profesadas por Alamiro de Ávila, porque de ello se ocupan, en excelentes artículos, distinguidos catedráticos que colaboran en esta obra. Así, Hugo Hanisch Espindola, trata sobre *El profesor Alamiro de Ávila Martel y el derecho romano*, en un bien logrado artículo. Manuel Salvat Monguillot, de quien el homenajeado ha declarado "hemos tenido un paralelismo de vida universitaria, prolongado desde que ambos ganamos en concurso los empleos sin remuneración de Ayudantes agregados en Historia del Derecho"³, recuerda la profesión de esa disciplina en su artículo *Alamiro de Ávila Martel y la historia del derecho*. El académico Juan Ricardo Couyoumdjian se refiere en su comunicación a *Alamiro de Ávila Martel y la bibliografía chilena*, dejando constancia de la labor del homenajeado en ese campo de "los amantes de los libros", a más de trazar una reseña histórica de la bibliofilia en nuestro país. Por último, la investigadora Antonia Rebolledo Hernández, en un artículo titulado *Bibliografía de Alamiro de Ávila Martel*, hace un exhaustivo catálogo, por orden cronológico de todas las publicaciones de Ávila Martel que abarca las diversas disciplinas que ha ejercido: son 187 publicaciones, a más de aproximadamente 40 notas bibliográficas, publicadas en revistas especializadas, entre 1942 y 1989, o sea: ¡más de 227 publicaciones!

Todos estos estudios forman capítulos para una biografía de Alamiro de Ávila y constituyen mucho de lo medular de esta obra. A todos ellos me remito a fin de no majar.

III

Quiero sí dejar constancia de algunas características del catedrático y del amigo que yo conocí en los días ya lejanos cuando nos encontramos al filo del medio siglo xx.

Yo venía desde Concepción, en cuya Universidad tuve el honor de ser su catedrático en propiedad: a fines de 1950 me entrevisté con el decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, quien presidía el

³Discurso de recepción de MANUEL SALVAT MONGUILLOT a la Academia de la Historia, publicado en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 87, Santiago, pp. 43 y siguientes.

Consejo de la Editorial Jurídica, para obtener la publicación de mi primera obra de derecho: *Manual de historia constitucional de Chile*, que vio la luz en dicha editorial en 1951.

Era decano a la sazón don Raimundo del Río Castillo, de respetada memoria, quien, luego de leer mi obra, me formuló una invitación para mí decisoria: que viniera a hacer clases a la Facultad que él regía. Previas las exigencias y pruebas reglamentarias, desde 1952 profesé aquí mi cátedra de Historia Constitucional de Chile, de la que soy profesor extraordinario y ordinario. Entonces nos conocimos con Alamiro de Ávila.

Agotada la primera edición de mi obra, expurgada y aumentada se convirtió en tratado en 1956 (después vinieron 6 ediciones posteriores). En su elaboración definitiva tuve el consejo de Alamiro de Ávila, que a la sazón dirigía el Seminario de Historia y Filosofía del Derecho (1953) y quien me invitó a ser uno de los colaboradores, lo que acepté honrado y gustoso.

Desde aquellos tiempos data nuestro conocimiento y amistad, en esos años cuando juntos trabajamos y enseñamos —con Manuel Salvat, catedrático ilustre y amigo excelente— en unida trilogía académica, por casi 30 años, en la querida Escuela de Derecho de la Universidad de Chile.

Allí preparamos estudios de derecho histórico y de derecho indiano, asistimos juntos a congresos nacionales e internacionales y dialogamos y analizamos experiencias sobre estas y otras materias que en mayor o menor grado compartíamos.

Perdóneseme que haga aquí estos recuerdos personales, pero es la oportunidad de dejar constancia de mi gratitud y de tener título suficiente para señalar algunas características del catedrático ilustre y del amigo leal que es Alamiro de Ávila Martel.

Para trazar una breve semblanza suya debo recurrir a recuerdos anteriores a los míos que hicieron eximios profesores de Alamiro de Ávila Martel y que fueron: don Eugenio Pereira Salas y don Guillermo Izquierdo Araya, ambos notables historiadores y presidente, en propiedad y por varios períodos el primero, interinamente el segundo, de la Academia Chilena de la Historia.

IV

Alamiro de Ávila Martel nació en un hogar privilegiado, donde sus padres, ambos de exclusiva dedicación a la docencia, le formaron en el más acendrado gusto por la educación y la cultura. Ambos descendían de familias coloniales desarrolladas en diferentes regiones del país. Así heredó con la sangre el amor por las savias nutricias del viejo Chile.

Hizo los estudios humanísticos en Santiago, en el Liceo de Aplicación, cuando era su rector don Carlos Silva Figueroa. De allí egresó en 1934.

El Liceo de Aplicación en aquella época era un excelente plantel educativo, por la calidad de sus profesores y la seriedad y eficiencia de sus estudios. Bástenos decir que allí hacían clases catedráticos de la talla de don Eugenio Pereira Salas y don Guillermo Izquierdo Araya, ambos profesores del joven Ávila Martel. Indudablemente, ambos influyeron en la afición del discípulo por las disciplinas históricas.

Así recordaba don Guillermo Izquierdo a su discípulo: "El niño estudiante no parecía tal, sino un joven maduro: gobernaba su conducta con plena responsabilidad, sabía cómo conducirse ceñido al dictado de la autodisciplina. Él mismo eligió su sitio en primera fila, de cara a sus maestros: no era de aquellos que para evitar responsabilidades se ubican en las últimas filas, como en la trastienda. No, él quería estar lo más cerca posible de la persona que impartía la enseñanza, porque le gustaba recoger de cerca la palabra y los gestos del maestro, porque le gustaba inquirir para disipar dudas, porque buscaba afanosamente el diálogo y quizás sin pensarlo contribuía a motivar la lección. No era eso sólo lo que llamaba la atención en Alamiro: era su capacidad intelectual que se revelaba a un nivel superior del correspondiente a su edad; ávido de saber podía captar certeramente el conocimiento impartido, o comprender la solución del caso planteado y discutido. La expresión verbal fluía espontáneamente, con cadencia cuidadosa y segura. Comprendí bien pronto que los temas históricos formaban parte de la vocación que ya en él despertaba y, por supuesto, pude intuir que Alamiro de Ávila llegaría muy lejos en este campo del saber"⁴.

Recuerda enseguida el profesor Izquierdo la carrera universitaria de su discípulo: sus pasos en la Universidad, su primer nombramiento de ayudante agregado en historia del derecho, en el Seminario del Derecho Público; luego ayudante de planta; después, jefe de trabajos, y de allí entrar a desempeñar, en 1948, en calidad de suplente, la cátedra de historia del derecho. Un año después se le otorga la propiedad del cargo en esa cátedra. En 1951 se le designa director propietario del Seminario de Derecho Público, y en 1953 director propietario del Seminario de Historia y Filosofía del Derecho (uno de los institutos en que se dividió el antiguo Seminario de Derecho Público), en 1955, profesor ordinario de derecho romano. Más tarde se le llama a ocupar el cargo de director de la

⁴Discurso de recepción de ALAMIRO DE ÁVILA MARTEL a la Academia Chilena de la Historia, *Boletín* N° 85, año 1971.

Biblioteca Central de la Universidad de Chile, que actualmente desempeña. Posteriormente fue elegido director del Departamento de Ciencias del Derecho.

Don Guillermo Izquierdo continúa: “Colaborador eficiente del distinguido catedrático don Aníbal Bascuñán Valdés, trabaja con él intensamente en el Seminario de Derecho Público, cuya dirección asumió —como ya está dicho, en 1951— sucediendo en esta función al señor Bascuñán. Su labor está patente en numerosos trabajos, muchos de los cuales se han publicado en el *Boletín del Seminario de Derecho Público*; y en la orientación sabia y oportuna que entrega a los alumnos llamados a investigar bajo su dirección. Éste es el catedrático”⁵.

Esta carrera docente de Alamiro de Ávila se desarrolla en su mayor parte durante los brillantes decanatos de los profesores don Arturo Alessandri Rodríguez, don Raimundo del Río Castillo y don Darío Benavente Gorroño.

V

En 1943 fue contratado por la facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires para establecer la colaboración entre Seminarios de Buenos Aires y de Santiago y organizar, junto con los especialistas argentinos, las investigaciones sobre algunos aspectos de historia del derecho indiano. De aquella época data su conocimiento y amistad con insignes catedráticos argentinos, entre ellos don Ricardo Levene, de quien será su entrañable colega y amigo.

Por aquellos años conoció en la capital argentina a la encantadora dama que sería su esposa, doña Ana Sacerdote Morpurgo, a quien este homenaje le corresponde tanto como a su docto marido. A través de los años de matrimonio ella ha sido no sólo su esposa y compañera, sino su colaboradora intelectual y espiritual. A los congresos nacionales e internacionales de historia del derecho a que Alamiro de Ávila Martel ha asistido, nunca ha faltado Anita, quien por sus conocimientos científicos como por su dialéctica pudo haber participado airoosamente en ellos; pero nunca quiso ser otra cosa que la señora de Alamiro de Ávila, prefiriendo ese rol a cualquier otro a que pudo haber aspirado por su inteligencia y su cultura.

En torno a este matrimonio tan unido y tan compenetrado de las mismas aficiones intelectuales, se reunieron muchas veces diversos y numerosos círculos de amigos. A la vera de los libros en su acogedora casa, o en el jardín cercado de hiedras o de cipreses, donde las camelias

⁵Ob. cit.

alumbran en invierno y las rosas entregan su belleza, se efectúan entretenidas tertulias. Anita las anima y siempre tiene para los huéspedes una palabra de estímulo y de comprensión.

VI

Siempre en la década del 50, Alamiro de Ávila me invitó al Círculo de los Numismáticos que él presidía y a la Sociedad de Bibliófilos, cuya presidencia ha desempeñado en los últimos años. En ambos he tenido grandes satisfacciones.

Recuerdo aquellas tertulias de numismáticos en el antiguo Café Santos; otras en la oficina de don Alfredo García Burr. Mi afición por la numismática llegó a ser tan grande, que llegué a tener una buena colección de monedas chilenas de cobre; vaivenes de la fortuna limitaron mis aficiones. En Buenos Aires Alamiro de Ávila me invitó a las reuniones de numismáticos y bibliófilos que se tenían en la Casa Pardo, que regentaba don Román Francisco Pardo, notable numismático y anticuario. Eran tertulias entretenidísimas. Allí conocí a los grandes numismáticos argentinos que fueron los académicos Humberto Burzio y Jorge Ferrari, a José Marcó del Pont, al gran bibliófilo y sabio en arte que fue don Antonio Santa Marina y a don Carlos Alberto Pueyrredón, a todos los cuales fui presentado por Alamiro de Ávila y ellos me consideraron en seguida como viejo amigo. Entre los concurrentes no puedo olvidar a don Francisco Romay, quien, además, era jefe de policía del Gran Buenos Aires, entusiasta bombero e historiador, conversador ameno y locuaz. Una vez nos convidó a un almuerzo opíparo en su casa, en el centro de Buenos Aires, con conocidos numismáticos porteños acompañados de sus esposas. Departimos agradablemente en torno a una gran mesa, donde se sirvió un espléndido puchero. Como despedida me regaló un libro suyo, *Caballeros del Fuego*, tan denso y voluminoso que pienso que ni las llamas pudieran consumirlo.

En cuanto a la bibliofilia chilena he concurrido por años a las sesiones-comidas que concuerdan con los equinoccios. Cuando era su Secretario Ramón Eyzaguirre, tan entusiasta bibliófilo como refinado "gourmet", los menús eran tan buenos como las charlas, que trataban siempre de libros, sobre todo los más raros y preciosos. Así adquirimos el "gustoso conocimiento" de que hablaba Gracián. Con la eficiente colaboración y después dirección de Alamiro de Ávila, la Sociedad ha editado preciosos libros que guardo como joyas en mi pequeña biblioteca.

VII

Hay entre las muchas cualidades de Alamiro de Ávila, una que le es esencial: es su generosidad intelectual. Son innumerables los que hemos recurrido más de una vez a su experiencia para solicitarle una opinión. Jamás ha negado a nadie ni el dato preciso ni el oportuno parecer. Es el suyo un apoyo claro, orientador y enriquecedor. Su juicio es severo, a veces intransigente. No acepta la superficialidad, corta alas a cualquier improvisación, a cualquier frivolidad, no apoya jamás un malogrado trabajo por muy buena que sea la intención de su autor.

Ello pudo acarrearle enemigos, pero a la larga todos debieron reconocer que tenía la razón. Él fue siempre en busca de la perfección, que fue su meta y su ideal. Por eso se impuso a sí mismo una severa disciplina, no transigiendo nunca con lo mediocre y banal.

VIII

A este hombre sabio en la más acabada acepción de la palabra, por sus profundos conocimientos en las nobles disciplinas que ha profesado y amado, la Universidad de Chile rinde el homenaje de este libro, donde los colaboradores dejan lo mejor de su ciencia y de su espíritu.

¡Qué felicidad más grande para el maestro que lo recibe, cuando tras la laboriosa jornada se inicia el atardecer, que recoger estos frutos colmados, estos estudios que en algún momento él supo inspirar!